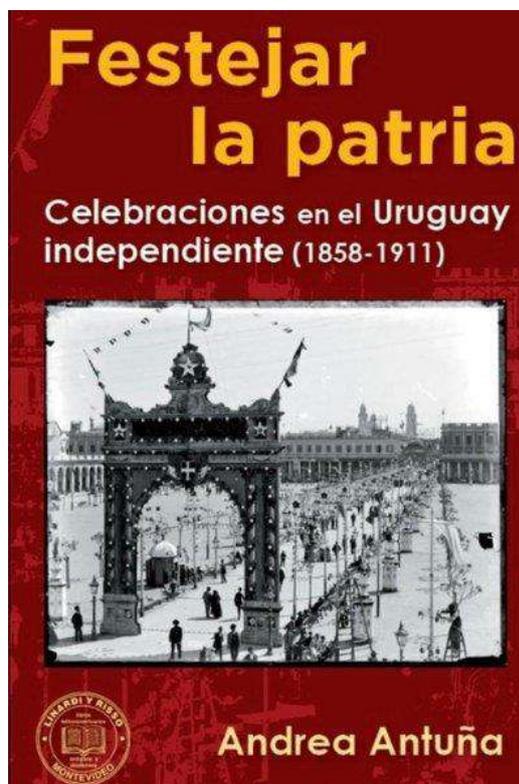


**Andrea Antuña (2025)**

*Festejar la patria  
Celebraciones en el Uruguay  
independiente (1858-1911)*

**Montevideo, Linardi y Risso,  
188 páginas.**

**Nicolás Duffau<sup>1</sup>**  
Universidad de la República  
Uruguay



**DOI:** <https://doi.org/10.25032/crh.v11i21.2652>

El 14 de octubre de 1919 una ley de fiestas cívicas propuso conmemorar el 25 de agosto de 1825 como día celebratorio de la Independencia del Uruguay. Esta decisión sirvió para que se expresaran las posturas entre independentistas y quienes defendían la idea de 1825 como el año de unión a las Provincias Unidas del Río de la Plata. Asimismo, hubo voces que plantearon que la autonomía se alcanzó luego de la firma de la Convención Preliminar de Paz en 1828, gracias a

---

<sup>1</sup> **Nicolás Duffau** es doctor en Filosofía y Letras, mención Historia, por la Universidad de Buenos Aires, magíster en Ciencias Humanas, opción Historia Rioplatense, y licenciado en Ciencias Históricas, opción Investigación, por la Universidad de la República (Udelar). Actualmente se desempeña como profesor titular grado 5 (en régimen de dedicación total) de Historia Americana en el Instituto de Ciencias Históricas de la Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación de la Udelar. Integra el nivel II del Sistema Nacional de Investigadores de la ANII (Agencia Nacional de Investigación e Innovación). Junto con Ana Frega, es coordinador académico del grupo de investigación financiado CSIC I+D «Crisis revolucionaria y procesos de construcción estatal en el Río de la Plata». Entre 2023 y 2025 fue coordinador del convenio entre la Facultad de Humanidades y la Intendencia de Montevideo en ocasión de las celebraciones por los trescientos años del proceso fundacional de la ciudad. Es autor de libros, capítulos de libros y artículos académicos diversos.

la mediación de Gran Bretaña, y otros que insistieron en la aprobación de un primer texto constitucional en 1830 como garante de la independencia total. Este momento de debate ha sido el más visitado por la historiografía uruguaya (con aportes relevantes como los de Carlos Demasi, Gerardo Caetano, Tomás Sansón, Ana Frega, José Rilla, entre otros). Por el contrario, las conmemoraciones previas han recibido menos atención historiográfica, tal vez porque la discusión pública no resultó tan vehemente como en la tercera década del XX.

El libro de Andrea Antuña llena en parte ese vacío historiográfico al iniciar el análisis con el proceso de celebración de la independencia del año 1858 y cerrar con los festejos del centenario de la Batalla de las Piedras en 1911, que sirvió para zurcir definitivamente el relato que estableció la relación histórica entre José Artigas y la independencia del Uruguay. El eje del interés de Antuña es la monumentalización de las conmemoraciones independentistas, pero no lo hace a través de una estatua o un mausoleo, sino que sigue el derrotero de las construcciones efímeras (de yeso, madera, cartón) como ser los arcos que se utilizaban por unos días y que mayoritariamente se destruían al final de cada celebración. Estas arquitecturas efímeras son la excusa que la autora utiliza para recorrer el largo proceso de constitución de la nacionalidad uruguaya, los distintos momentos que jalaron la formación de una idea de fecha patria y los artefactos culturales utilizados para construir ese relato conmemorativo.

Es interesante la estrategia metodológica a la que Antuña recurre, ya que intenta demostrar la sociabilidad, los intercambios y prácticas colectivas que se forjaron alrededor de las celebraciones y que incluyeron, por ejemplo, a los sectores populares a través de las campañas de recaudación de fondos o el involucramiento de artesanos y artistas en los festejos en general y en la elaboración de las obras efímeras.

El libro se divide en tres capítulos. En el primero, Antuña estudia los tres días que entre el 4 y el 6 de octubre de 1858 fueron utilizados para conmemorar la ratificación de la Convención Preliminar de Paz de 1828. El 25 de agosto de 1825 no formó parte de las fechas a celebrar (pues no integraba la ley de fiestas cívicas de 1834) y fue lo que la autora llama, una fecha nómada que ingresó al repertorio de celebraciones públicas luego de la ley de feriados del 10 de mayo de

1860. Aunque fue recién en la década de 1880 que el 25 de agosto se vinculó definitivamente al discurso nacionalista y se manifestó en manuales históricos, música o representaciones pictóricas.

El capítulo toma en cuenta a los artesanos o artistas (algunos de los cuales pasarían a integrar en forma posterior el canon pictórico del Uruguay) que pensaron propuestas escenográficas para representar la patria y su consiguiente relato nacional. Este análisis de quiénes desde sus oficios, pero también desde el anonimato, colaboraron con los festejos es un excelente ejemplo para pensar en la capilaridad del relato nacionalista. Es decir, que cada persona colaborara desde su *metier* fue una forma de incluir a una población en su mayor parte extranjera y analfabeta en conmemoraciones que inicialmente podían ver como exóticas o ajenas. Esa liturgia festiva fue uno de los primeros vehículos, que junto a los catecismos históricos y geográficos pensados para la minoría que recibía instrucción formal, sirvieron para inculcar los nuevos valores patrios, al tiempo que sirvieron como un artefacto cultural para reclamar paz, concordia y unión en un contexto de cuestionamiento a la figura del presidente Gabriel Antonio Pereira (1856-1860), levantamientos armados e injerencia brasileña y bonaerense.

El uso de arcos, pilares, banderas, era una forma de relacionar los festejos locales con celebraciones ya conocidas por los migrantes europeos que estaban acostumbrados a este tipo de artefactos culturales en sus lugares de origen. Este aspecto se trata en el segundo capítulo que demuestra como las celebraciones de la unificación italiana el 20 de setiembre de 1871 y cuatricentenario del arribo de Cristóbal Colón a lo que luego sería el continente americano, sirvieron como pilotos o prueba para los festejos de la independencia en la década de 1890. En esos tres episodios, Antuña estudia una especie de sincretismo que rescató elementos de fenómenos que no tenían una directa relación ni entre sí ni con la independencia del Uruguay, pero fueron utilizados para la transmisión de valores que los grupos gobernantes consideraban fundamentales para la construcción de ciudadanía. La alabanza de la nación tomó elementos alusivos a la labor de Giuseppe Garibaldi o a Cristóbal Colón para mostrar una historia occidental común con valores –como justicia, democracia o fraternidad– que unían a los orientales de la primera mitad del siglo XIX, con los italianos del *risorgimento* o los «conquistadores» vistos en ese momento como defensores de la civilización.

La autora rescata un elemento poco explorado por los análisis historiográficos sobre las conmemoraciones: la inserción de los festejos como parte de una cultura del entretenimiento que montaba escenografías, iluminaba la ciudad o permitía la participación de bandas musicales por las calles en escenarios oficiales o improvisados.

El último capítulo, dedicado a las celebraciones por el centenario de la batalla de Las Piedras en 1911, evidencia esa síntesis que relacionó el artiguismo y la independencia nacional. Fue el último festejo «barroco» y efímero ya que hubo un interés estatal por incidir directamente en los festejos e iniciar una monumentalización duradera y planes urbanos que buscaron dar cuenta del avance técnico y el progreso de un Uruguay que atravesó las reformas legales, laborales, políticas, sociales, culturales y constitucionales que impulsó el primer batllismo. La modernidad iba de la mano con el abandono de cualquier conflicto interior (el asesinato del presidente Juan Idiarte Borda el 25 de agosto de 1897, los levantamientos armados de ese año y de 1904) y la construcción de símbolos de unidad nacional.

En suma, el libro de Antuña aparece en un momento oportuno; en 2025 viviremos un nuevo impulso de discusiones bicentenarias que una vez más pondrán en entredicho el relato nacional, la identidad colectiva y las comunidades imaginadas. Asimismo, es un precedente historiográfico de importancia para comprender la función simbólica de las conmemoraciones pasadas que permiten pensar y proyectar por qué y cómo celebramos en el presente y lo haremos en el futuro. Y es también un excelente ejemplo para dar cuenta de la tensión permanente entre la construcción de un relato historiográfico de tipo académico y cómo la investigación bien hecha evidencia los usos y abusos que se han hecho sobre el pasado. ◇